

Todavía pasaron algunas semanas en preparativos, en repentinas indecisiones sobre la manera de obrar, en cambios bruscos de planes y de ideas.

Entre tanto, había llegado á Etchezar la esperada carta del tío Ignacio. Si su sobrino hubiese hablado antes, decía, hubiera tenido él verdadero placer recibéndole en su casa; pero en vista de sus dudas y vacilaciones había resuelto casarse, á pesar de su edad, y hacía dos meses que tenía un hijo. No había, pues, esperanza de protección por aquella parte; el emigrante, al llegar, no tendría ni casa donde albergarse...

La casa de familia de Ramuncho ha sido ya vendida; están también arreglados en la Notaría los asuntos de dinero; todo el pequeño haber de Ramuncho lo tiene en su bolsillo en monedas de oro...

Ahora ha llegado el día de la tentativa suprema, el gran día; las hojas, verdes y espesas, han vuelto á vestir los árboles; el nuevo césped, brillante y crecido, alfombra las praderas. Corre el mes de Mayo.

En el carricoche que arrastra el famoso caba-

llo tan veloz, van Arrakoa y Ramuncho hacia Amezqueta, atravesando los sombríos caminos de la montaña. Van á todo correr avanzando por una región de arboledas sin fin. Á medida que las horas pasan, todo se hace más apacible á su alrededor, más salvaje: más primitivas las caserías, más solitario el país euskaro.

Á la sombra del ramaje, en los ribazos de los senderos, hay digitales rosadas, collejas, helechos, casi la misma flora que en Bretaña; los dos países, el vasco y el bretón, se asemejan, por lo demás, en el granito que aparece donde quiera y en la frecuencia de las lluvias; también en la inmutabilidad de sus costumbres y en la persistencia del mismo ensueño religioso.

Sobre los dos jóvenes, que se encaminaban á realizar la aventura, se cernían las gruesas nubes de costumbre y el cielo, sombrío y bajo, frecuente en estas regiones. El camino que seguían, por entre desfiladeros de montañas más altas cada vez, aparecía delicioso de verdura, excavado en plena sombra, con dos murallas de helechos á los lados.

Inmovilidad prolongada por espacio de siglos, inmovilidad de los seres y de las cosas: así se comprendía plenamente al penetrar en aquella comarca de bosques sumidos en el silencio. Bajo el velo obscuro del cielo en que se pierden las cumbres de los altos Pirineos, apa-

recían y se ocultaban viviendas solitarias, granjas centenarias, aldeas, más raras cada vez, y todo invariablemente bajo la misma bóveda de encinas, de castaños antiquísimos, cuyas raíces asoman retorciéndose al borde de las senderos como musgosas serpientes. Se asemejan por otra parte aquellas aldeas entre sí, separadas las unas de las otras por tantos bosques, por tantas espesuras de ramas y habitadas por la misma antigua raza desdeñosa de cuanto puede turbar sus costumbres, de cuanto envuelve la idea de cambio: la humilde iglesia, casi siempre sin campanario, con una simple espadaña sobre la fachada gris, y la plaza, con su murallón pintarrajeado para ese juego de pelota tan popular, en el cual, de padres á hijos, los hombres vigorizan y endurecen con el ejercicio sus músculos. Por todas partes la sana paz de la vida rústica, cuyas tradiciones son más inmutables en tierra de vascos que en ningún otro pueblo.

Algunos caseros, con boina de lana, á quienes encuentran en su rápida marcha los dos jóvenes, se inclinan con un sencillo saludo, por hábito de cortesía, por una parte y también porque conocen á Arrakoa y á Ramuncho, los dos famosos jugadores de pelota de la región; á Ramuncho, es verdad, habíanle olvidado no pocas gentes; pero Arrakoa, desde Bayona á San Sebastián, hasta el fondo de los campos

perdidos entre montes, es conocido, con su rostro de sanos colores y sus bigotes picarescos de gato.

Dividiendo el viaje en dos jornadas, durmieron aquella noche en Mendichoco. Y ahora avanzan á toda prisa los dos viajeros, tan preocupados sin duda, que apenas si se cuidan de ahorrarle las fuerzas al caballo para lo que ha de seguirse.

Pero Itchúa no les acompaña. Á última hora, Ramuncho ha tenido miedo de este cómplice, á quien juzga capaz de todo, hasta de matar; así, en un súbito arranque, ha rehusado el concurso de aquel hombre, el cual sin embargo, se agarraba en el último momento á la brida del caballo para no dejarles partir. Y se vió obligado Ramuncho al fin á ponerle febrilmente el dinero en las manos, como pago de sus consejos, recuperando por ese medio la libertad de obrar por cuenta propia, la certeza, al menos, de no mancharse con algún crimen; pieza por pieza, para libertarse de él, hubo de darle la mitad de la suma concertada. Luego, lanzado ya el caballo al galope, perdido de vista el implacable rostro de Itchúa en una vuelta del camino, Ramuncho había sentido aligerada su conciencia...

— Dejarás esta noche el carruaje en Aranoz, en casa de Burugoiti, el tabernero, con

quien ya me he entendido — dijo Arrakoa, — pues, como debes comprender, una vez dado el golpe y mi hermana en camino, yo os dejaré y no quiero saber más de todo ello. Tenemos, además, un negocio con los de Buruzabal : pensamos pasar á España unos caballos esta noche no lejos de Amezqueta, precisamente á veinte minutos de camino á pie y he prometido estar allí antes de las diez...

¿Qué harán y cómo se las compondrán los dos muchachos para alcanzar su objeto? Ninguno de los dos ve clara la empresa; todo dependerá del giro que tomen las cosas; tienen diferentes proyectos, atrevidos y hábiles todos, según el caso que pueda presentarse.

Hay dos pasajes tomados, además : uno para Ramuncho y otro para ella, á bordo de un paquebote de emigrantes, en el cual está ya el equipaje y que sale de Burdeos al día siguiente, llevando á las Américas algunos centenares de vascongados. En la pequeña estación de Aranoz, donde el coche dejará á los fugitivos amantes, tomarán el tren para Bayona á las tres de la mañana, y en seguida, en Bayona, el expreso de Irún á Burdeos. Será una fuga precipitada, que no le permitirá á Graciosa pensar ni rehacerse de la sorpresa, del terror y, sin duda, también, de la embriaguez deliciosa y mortal...

Un traje y una mantilla de Graciosa van allí, en el fondo del coche, prontos para reemplazar el manto y el hábito negro; son prendas que ella usaba antaño, antes de entrar en el convento, y que Arrakoa ha descubierto en los armarios de su madre. Ramuncho piensa por su parte que *todo se realizará quizá muy pronto*, que ella estará, tal vez en breve, á su lado, muy cerca, en aquel estrecho asiento, envuelta con él en la misma manta de viaje, huyendo en medio de la noche, para pertenecerle en seguida y para siempre; y poseído de aquel sueño, se siente de nuevo presa de temblor y de vértigo...

— Te digo que te seguiré — repite su amigo palmoteándole rudamente en el muslo por vía de estímulo y protección y para arrancarle á su meditación. — ¡Te digo que te seguiré, estoy seguro de ello! Y si vacila, bueno. ¡Ya me las arreglaré con ella!

Si vacila, un poco de violencia y cosa hecha; ¡oh!, muy poca, lo necesario nada más para desatar las manos de las pobres hermanas, tendidas para retenerla. Después la trasladarán al coche donde, infaliblemente, el contacto amoroso con su amigo de antes y la ternura del mismo, arrebatarán en breve su cabecita juvenil.

¿Cómo pasarán las cosas? No lo saben de un modo preciso; pero confían en su valor y en su

sangre fría, que de tantas aventuras peligrosas les han sacado. Lo único que saben á punto fijo, es que no piensan retroceder. Y van así adelante, azuzándose el uno al otro; se les diría unidos hasta la muerte, firmes y resueltos como dos bandidos á la hora en que es preciso jugar la partida suprema.

La región de tupidas espesuras que atraviesan, bajo la constante opresión de montañas invisibles, está llena de cuencas profundas y anfractuosas y de abismos donde rugen torrentes despeñados bajo la verde obscuridad de los follajes. Las encinas, las hayas, los castaños, son cada vez más gigantescos, animados por espacio de siglos de una savia siempre joven y magnífica. Un verdor potente, intenso, tranquilo, se dilata sobre aquella geología atormentada cuyos accidentes ha encubierto por miles de años, sin interrupción, con la frescura de su inmóvil manto. Y aquel cielo nebuloso, casi obscuro, tan frecuente en el país vasco, acentúa la impresión general que allí se tiene de una especie de universal recogimiento en que parece que estuviesen las cosas sumergidas; una fantástica penumbra desciende por doquiera: de los árboles, de los espesos velos grises que se agarran á los árboles, de los Pirineos ingentes que esconden sus cimas las en nubes...

Y en medio de aquella paz y de aquel verde sombrío, se deslizan Ramuncho y Arrakoa como dos perturbadores que fuesen á romper el encanto fantástico de los bosques. En todas las encrucijadas de los caminos se alzan cruces antiquísimas de granito, como señales de alarma, como para dar un grito de alerta; antiguas cruces con esta inscripción, sublimemente sencilla, que es aquí como el lema de toda una raza: *O crux, ave, spes unica.*

Ya cae la noche. Callan los viajeros porque las horas pasan, porque se aproxima el momento, porque todas aquellas cruces del camino empiezan á intimidarles...

El día declina bajo el velo de tristeza que encubre el cielo. Los valles se tornan más y más ásperos; el paisaje más y más desierto. En los extremos de los caminos las antiguas cruces se yerguen siempre con la misma inscripción: *O crux, ave, spes unica.*

Amezqueta se envuelve en las últimas tintas crepusculares. Ramuncho y Arrakoa llegan, detienen su coche en el cruce de la carretera, delante de la sidrería. Arrakoa está impaciente por subir al convento, contrariado por haber llegado tarde. Teme que no les abran la puerta en cuanto la noche cierre. Ramuncho, silencioso, se deja conducir; se abandona por completo á su amigo.

El convento está en lo alto, á mitad de la subida; es aquella casa aislada, coronada por una cruz, que se ve aún destacándose blanca sobre la mole sombría del monte. Ordenan que en cuanto descanse un poco el caballo, lleven el coche, lo antes posible, allá abajo, donde ha de esperarles. Después, los dos se internan por la avenida de árboles que conduce al convento, donde el espesor del ramaje de Mayo produce una obscuridad casi nocturna. Sin una palabra, sin el menor ruido, andando con tiento en sus alpargatas, suben ágiles y á buen paso; á su alrededor los campos profundos se impregnan de la inmensa melancolía de la noche.

Arrakoa llama con la mano á la puerta del tranquilo retiro :

— Querría ver á mi hermana — le dice á una monja anciana que entreabre la puerta no sin alguna inquietud.

No bien ha acabado de hablar, se escucha en el obscuro corredor un grito de alegría, y una religiosa, cuya juventud se adivina, no obstante sus amplios hábitos, se precipita hacia el visitante, arrojándose en sus brazos. Graciosa le ha reconocido en seguida en la voz; pero, ¿habrá adivinado quién es el otro, el que permanece atrás, silencioso?

La superiora también ha acudido al punto, y desde la obscuridad de la escalera les invita

á subir al locutorio del humilde convento campestre; luego, les brinda sillas de paja y todos se sientan : Arrakoa cerca de su hermana; Ramuncho, enfrente; y están, por fin, los novios en presencia el uno del otro, y un silencio colmado de latidos de corazones, de sobresalto de almas, de febriles ansiedades, se cierne sobre ellos...

Una especie de dulce paz, un tanto sepulcral, reina en este recinto, cobijando desde el principio la decisiva entrevista; en el fondo de los pechos laten los corazones con golpes sordos y poderosos; pero las palabras de amor ó de violencia, mueren antes de traspasar los labios... Y aquella paz se impone y acentúa su influjo por momentos; parece como si un blanco sudario se extendiese sobre todo, encubriendo y aplacando el ardor de las pasiones...

No hay nada de particular, sin embargo, en el humilde locutorio : cuatro muros completamente desnudos bajo una capa de cal; un techo de madera sin desbatar; un piso tan lustroso y pulimentado que resbala uno fácilmente en él; sobre una consola una Virgen de yeso, ya indecisa, entre todas las blancuras del fondo de la habitación, donde viene á extinguirse el crepúsculo de Mayo. Y una ventana sin cortinas abierta sobre los grandes horizontes del Pirineo, invadidos ya por la noche... Pero de esta pobreza voluntaria, de esta blanca sencillez,

emana una sensación de impersonalidad definitiva, de abdicación universal é irreparable... Y lo irremediable de los hechos consumados empieza á revelarse al espíritu de Ramuncho, infundiéndole al mismo tiempo una especie de resignación súbita é involuntaria.

Los dos contrabandistas, inmóviles en sus sillas, no se distinguen ya casi sino en silueta, sus cuerpos macizos y cuadrados proyectándose sobre la blancura de los muros, en tanto que de sus rasgos borrosos solamente se aprecia el trazo más intenso de los bigotes y de los ojos. Las dos religiosas, con sus contornos unificados por los velos, parecen dos negros espectros...

— Espera, hermana María Angélica — dice la superiora á la joven transformada que en el mundo se llamó Graciosa; — espera hija mía á que encienda una lámpara para que al menos puedas ver el rostro de tu hermano...

Sale entonces dejándolos solos, y de nuevo el silencio desciende sobre aquel precioso instante, único tal vez é imposible de renovar, en que se encuentran á solas.

La hermana regresa con una lámpara pequeña, á la luz de la cual brillan los ojos de los contrabandistas, y con voz gózosa y maneras afables pregunta mirando á Ramuncho :

— ¿Y éste? ¡Apostaría á que es un segundo hermano!

— ¡Oh, no! — dice Arrakoa con tono singular, — es un amigo solamente.

En efecto, no era un hermano aquel Ramuncho que estaba allí hosco y mudo... ¡Y qué miedo le tendrían las tranquilas monjas si supiesen los vientos de tormenta que le animan!...

Ha vuelto á imponerse el silencio, pesado é inquietante, entre aquellos seres que en apariencia no deberían hablar sino de cosas sencillas é inocentes; la anciana superiora se da cuenta de ello con extrañeza... Pero los ojos vivos de Ramuncho se inmovilizan, velándose como si estuviesen bajo la fascinación de un invisible domador. Bajo la dura cubierta, todavía un poco jadeante de su pecho, continúa penetrando y difundiéndose la calma reparadora del ambiente. Sobre él, sin duda, obran los misteriosos poderes blancos que allí se ciernen en el aire; la herencia religiosa que dormita en el fondo de su sér se hace sentir llenándole de una sumisión y de un respeto inesperados; los antiguos símbolos le dominan: las cruces encontradas aquella tarde á lo largo de los caminos, la Virgen de yeso, de un color de nieve immaculada, destacándose sobre el blanco sin mancha de la pared...

— Vamos, hablad, hablad, hijos míos, de cosas del país, de las cosas de Etchezar — les

dice la superiora á Graciosa y á su hermano. — Os dejaremos solos, si queréis — añade haciéndole una señal á Ramuncho como para llevarsele de allí.

— ¡ Oh, no ! — replicó con viveza Arrakoa; — que no se vaya... No, no es él... el que nos impide...

La monjita, tan cubierta con sus velos y mantos como en la Edad Media, inclina aun más la cabeza para mantener ocultos los ojos bajo la austera toca.

La puerta permanece abierta, la ventana también; la casa, los objetos que hay en ella conservan su aspecto de absoluta confianza, de absoluta seguridad contra violencias y sacrilegios. Otras dos monjas, muy viejecitas, preparan ahora una mesa pequeña con dos cubiertos y traen para Arrakoa y su amigo una cena frugal : pan, queso, pasteles y racimos tempranos de la parra del convento. Con juvenil alegría, con charla como de niñas, disponen todo aquello y cada cosa por su parte y todas ellas en conjunto contrastan de modo extraño con las violencias y pasiones allí presentes. aunque acalladas y comprimidas, cada vez más comprimidas en el fondo del alma, como al golpear de una sorda maza mullida de blanco...

Y á pesar de sí mismos, los contrabandistas se sientan á la mesa, frente á frente, cediendo á

las instancias de las monjas y comen distraídamente aquellos manjares frugales sobre un mantel tan blanco como las paredes. Sus corpulentos hombros, habituados á los fardos, apóyanse en el respaldo de las débiles sillas haciendo crujir su frágil estructura. En torno de los jóvenes van y vienen las hermanas, siempre con sus discreteos y sus risas de chiquillas que se dejan sentir á medias sofocadas bajo los velos. Sólo ella, la hermana María Angélica, permanece muda é inmóvil : en pie, cerca de su hermano, que está sentado, ha puesto su mano sobre el hombro poderoso de éste; tan esbelta, junto á él, diríase alguna Santa de un antiguo retablo religioso. Ramuncho, sombrío, les observa á los dos; aún no había logrado ver bien el rostro de Graciosa, tanto lo encuadran y disimulan las severas tocas monjiles. Se asemejan siempre notoriamente el hermano y la hermana; en sus ojos, muy grandes, en los que hay, sin embargo, cada vez mayor diferencia de expresión, subsiste una inexplicable semejanza, persiste el mismo fuego, aquel fuego que ha llevado al uno á las aventuras temerarias y á la enérgica vida de los músculos y á la otra á los ensueños místicos, á la mortificación y al anonadamiento de la carne. Pero ella se ha tornado tan débil como es él robusto; se han borrado su garganta y sus caderas y el hábito negro en que su cuerpo

se envuelve descendiendo recto y rígido como una funda, en la que nada se oculta de carnal...

Después de los antiguos días felices, se contemplan ahora por primera vez Graciosa y Ramuncho frente á frente; sus pupilas se han reconcentrado y se cruzan sus miradas. Ella no baja ya la cabeza ante él; pero le mira cual desde una remota lejanía, como tras de infranqueables brumas blancas, desde la opuesta orilla del abismo, del otro lado de la muerte; su mirar dulce indica que su alma está como ausente, volando por más tranquilas é inaccesibles regiones del infinito... Y es Ramuncho, por fin, quien subyugado, baja sus ojos ardientes ante los ojos virginales de Graciosa.

Las buenas hermanas continúan charlando: querrían retener á los dos camaradas en Amezqueta durante la noche; afuera, les dicen, está muy oscuro y amenaza lluvia... El señor cura, que ha ido á la montaña á llevar el Viático á un enfermo, volverá pronto; conoce á Arrakoa, del tiempo en que fué vicario en Etchezar, y tendrá muy á bien ofrecerle una cama en la casa cural, y otra á su amigo, claro es...

Pero no; Arrakoa rehusa el ofrecimiento después de dirigir una mirada de grave interrogación á Ramuncho. Imposible dormir allí; van á marcharse en seguida, en cuanto hayan hablado unos pocos minutos, los últimos,

pues les esperan para ciertos negocios en la frontera española...

Ella, que al principio, presa de una turbación mortal, no se había atrevido á hablar, empieza á interrogar á su hermano, tan pronto en vascuence como en francés, y se informa de aquellos á quienes ha abandonado para siempre.

— ¿Y la madre? ¿Está sola ahora en la casa aun durante la noche?

— ¡Oh! no — dijo Arrakoa; — cuenta siempre con la anciana Catalina, que la cuida, y yo he exigido que duerma en la casa.

— Aunque estamos tan lejos unos de otros — dijo la monjita, — algunas veces tengo noticias vuestras. El mes último, algunas gentes de aquí encontraron en el mercado de Hasparren á unas mujeres de nuestro pueblo; por ellas supe... muchas cosas... Había esperado verte en Pascuas; me dijeron que había un gran partido en Erricalde y que eras uno de los jugadores y creí que quizá vendrías á verme; durante los dos días de fiesta no hice más que mirar al camino desde aquella ventana por ver si venías...

Y señaló la ventana abierta de par en par sobre la negrura del campo, de donde ascendía un vasto silencio á veces entrecortado por algún murmullo primaveral y por la música intermitente de los grillos y de los sapos.



Al oírla hablar tan tranquilamente, Ramuncho se siente confuso en presencia de aquella abdicación de todo y de todos; y le parece entonces aún más irrevocablemente cambiada y alejada de la tierra... ¡Pobre monjita!... Se llamaba Graciosa; ahora era la hermana María Angélica y no tenía ya familia; era como impersonal aquí, en esta casita de blancas paredes; sin esperanza material alguna y quizá sin deseos, como si hubiese ya partido hacia las regiones del gran olvido de la muerte.

Y sin embargo, he aquí que sonrío, completamente serena y tranquila, sin nada en ella que delate la posibilidad de sufrir.

Arrakoa mira á Ramuncho, le interroga con la mirada escrutadora de aquellos ojos tan acostumbrados á sondear las profundidades nocturnas; él mismo, sintiéndose subyugado por aquella inesperada paz, comprende que su amigo, tan audaz antes, no se atreve ya; que todos los proyectos flaquean, que todo se desploma inútil é inerte ante el invisible muro que rodea á su hermana. Por momentos, obligado á concluir pronto, de una ú otra manera, á romper este encanto ó á someterse y retroceder definitivamente, consulta su reloj diciendo que es tiempo de marcharse porque los compañeros le esperan allá abajo... Las hermanas adivinan quiénes son los camaradas y para qué aguardan;

pero no se perturban por eso. Vascuences ellas, hijas y nietas de vascos, tienen sangre de contrabandistas en sus venas y miran con indulgencia ese género de vida...

Al fin, por vez primera, Graciosa pronuncia el nombre de Ramuncho; pero no atreviéndose, sin embargo, á hablarle á él directamente, le pregunta á su hermano con tranquila sonrisa:

— ¿De manera que ahora está *contigo* Ramuncho? ¿Se ha establecido en el país y *trabajáis* los dos juntos?

Reina un breve silencio y Arrakoa mira á Ramuncho para que él mismo conteste.

— No — dice éste con voz lenta y sombría; — no...; voy á partir mañana para América...

Cada palabra de esta respuesta, recitada duramente y con acento de turbación y de despecho, contrasta de un modo más extraño con aquel ambiente de serenidad pacífica. Graciosa se apoya más decididamente en el hombro de su hermano, y Ramuncho, dándose cuenta de la herida que acaba de abrir, la contempla, envolviéndola en los rayos de sus ojos tentadores, armándose de audacia, atrayente y peligroso en el postrer esfuerzo de su corazón lleno de amor, de su ardorosa juventud ávida de ternuras y caricias... Durante un indeciso minuto parece como si hubiese temblado el humilde con-

vento; como si las fantásticas potencias blancas del aire hubiesen retrocedido disipándose como fugaces copos de humo ante el joven dominador, venido al lugar de retiro para lanzar el triunfante grito de la vida. Y el silencio que se sigue es el más opresivo de todos los que han entrecortado aquella especie de drama, representado á medias palabras, casi sin pronunciar palabra alguna.

Al fin habla otra vez la hermana María Angélica y se dirige al mismo Ramuncho. Realmente no se hubiera dicho que su corazón acaba de desgarrarse en una suprema y última contractura, ante el anuncio de aquel viaje, ni que su cuerpo de virgen se ha estremecido todo él bajo la mirada del amado de otros días... Con voz que poco á poco se serena en medio de su dulzura, habla de cosas sencillas; como si se dirigiese á un amigo cualquiera :

— ¡ Ah, sí !... el tío Ignacio, ¿ no es verdad ?... Siempre pensé que usted acabaría por ir á reunirse con él, allá en América... Nosotras le rogaremos todas á la Santa Virgen para que lo acompañe en la travesía...

Y es el contrabandista quien ha bajado nuevamente la cabeza, comprendiendo que todo ha concluído, que ha perdido para siempre á la compañera de su infancia, sepultada en un inviolable sudario... Las palabras de amor y de

tentación que pensó decir, los proyectos que hacía un mes rondaban en su cabeza, todo aquello le parece insensato, sacrílego, irrealizable, como un arrebató infantil... Arrakoa, que le mira atentamente, experimenta la misma especie de sortilegio irresistible é impalpable; los dos se comprenden, y el uno al otro, sin palabra alguna, se dicen que nada podrán hacer allí, que no se atreverían nunca...

Sin embargo, un estremecimiento de angustia humana todavía pasó por los ojos de la hermana María Angélica cuando Arrakoa se levantó para el adiós definitivo; con voz alterada suplicó que se quedaran un instante más. Y Ramuncho, de repente, tuvo el ansia anhelante de postrarse de rodillas á sus pies, con la cabeza entre los pliegues de su velo, derramando las lágrimas que le ahogaban; quiso pedirle gracia, pedir gracia también á la superiora que parecía ser tan buena; decirles á todas que aquella, su prometida de la infancia, era su esperanza, su valor; que tuviesen piedad de él y se la devolviesen, porque sin ella el mundo no era nada para él. Todo lo que su corazón contenía de infinitamente bueno se exaltaba en este instante en una inmensa necesidad de implorar, en un ímpetu de ferviente súplica y también de confianza en la bondad, en la misericordia de todos...

¡Quién sabe, Dios mío, lo que hubiera pasado si él se hubiese atrevido á formular aquella gran plegaria de terneza pura! ¡Quién sabe qué tiernos sentimientos, cuánto de grande y bueno no hubiera despertado en aquellas pobres hermanas con sus negras tocas!... Quizá la misma anciana superiora, aquella anciana virgen, desecada, con su sonrisa infantil y sus dulces ojos claros, le hubiera abierto sus brazos como á un hijo, comprendiéndolo todo, perdonándolo todo á pesar de la regla y no obstante los votos. ¡Y quién sabe si Graciosa le hubiese sido devuelta sin violencia, sin engaños, disculpada tal vez por sus propias compañeras de claustro! Ó al menos, si todo esto era imposible, al despedirse, le hubiera ella dado un largo adiós, consolador y dulcificado, con un beso de inmaterial amor!...

Pero no; él permaneció mudo, en su silla. Ni súplica, ni plegaria, lograron escaparse de sus labios. Y era la hora de marcharse decididamente.

Arrakoa en pie, agitado, le llama con una señal de cabeza imperiosa. Ramuncho se yergue entonces también con fiereza y coge su boina para seguirle. Dan las gracias por la cena y se despiden con un *buenas noches* de muchachos tímidos. En suma, durante toda la visita han estado muy correctos, muy respetuo-

sos, casi encogidos y temerosos los dos valientes. Y como si no se hubiese deshecho la última esperanza, como si uno de los dos no dejara allí á espaldas suyas su vida, los dos bajan tranquilamente la limpia escalera, entre las blancas paredes, mientras las buenas hermanas les alumbran con un farolillo.

— Ven, hermana María Angélica — dice jovialmente la superiora, con su delgada voz de niña. — Vamos á acompañarles las dos hasta allá abajo... hasta el fin de nuestra avenida, en el recodo del camino...

¿Era la superiora una hada benéfica segura de su poder, ó una pobre inconsciente que jugaba, sin saberlo, con el ardiente fuego devorador?... Todo estaba concluído: se había realizado el terrible desgarramiento; la separación estaba aceptada; la rebelión sofocada bajo las blancas tocas, y ahora, hélos aquí, á los dos que se adoraban, caminando el uno junto al otro, por las afueras del convento, en la noche tibia de primavera... en la amorosa noche incitadora, bajo el dosel de las hojas nuevas, hollando las altas yerbas, en medio de las savias ascendentes y del impulso soberano de la vida universal.

Caminaban los dos con pasos menudos, en medio de la deliciosa obscuridad, como por un tácito acuerdo para prolongar un poco más

la marcha por aquel sendero de sombras; mudos ambos y uno y otro con el ardiente deseo y el terror intenso al mismo tiempo del contacto de sus vestidos, de un roce cualquiera, el más casual, de sus manos. Arrakoa y la superiora les seguían muy cerca, casi tocándolos, también sin hablar nada; las religiosas con sus sandalias y los contrabandistas con sus alpargatas, avanzaban á través de aquellas dulces tinieblas, sin ruido alguno, como si hubiesen sido otros tantos fantasmas, y el reducido cortejo, lento y extraño, descendía hacia donde estaba el coche, en medio de un silencio funerario. El silencio reina también por todas partes á su alrededor, dilatándose hasta los más remotos ámbitos de los bosques. En el cielo sin estrellas duermen las espesas nubes, cargadas del agua fecundante que la tierra espera y que caerá al otro día para que las selvas se cubran de frondas tupidas y la yerba crezca alta y suntuosa; aquellas nubes, allá arriba, incuban y preparan el esplendor del estío meridional que tantas veces, en su infancia, les ha encantado y embriagado y perturbado á los dos, pero que Ramuncho no volverá á ver y que Graciosa, en adelante, contemplará como con ojos de muerta, sin comprenderlo ni apreciarlo...

No hay nadie en torno de ellos en la pequeña avenida oscura; allá abajo la aldea parece dor-

mida. La noche ha cerrado completamente; su gran misterio se dilata por todas partes en las lejanías de aquel país perdido, sobre las montañas y los valles silvestres... ¡Cuán fácil sería ejecutar el plan ideado por los contrabandistas en estas soledades, con el coche que debe de estar allí, muy cerca, con su caballo rápido enganchado...!

Y, sin embargo, sin haberse dicho nada, sin el menor contacto entre los dos, han llegado los amantes al recodo del camino donde habrán de decirse el último adiós. El coche está allí, al cuidado de un chicuelo; el farol encendido y el caballo impaciente. La superiora se detiene; aquel es el término último del último paseo que darán el uno al lado del otro en este mundo, los dos jóvenes que tanto se habían amado.

Y la anciana religiosa tiene en sus manos el poder de decidir sin apelación de la suerte de los dos. Con su vocecilla aflautada, casi artificiosa, dice :

— Vamos, hija mía, hay que despedirse.

Y pronuncia las palabras con la decisión de una Parca, cuyos decretos son inapelables.

Nadie intenta, en efecto, resistir aquella orden impasiblemente dada. Ya ha sido vencido ¡ah! y bien vencido el rebelde Ramuncho por las tranquilas y misteriosas potencias blancas; v trémulo aún, en pos de la sorda lucha que se

ha librado dentro de sí, doblega la cabeza sin voluntad y casi sin pensamiento, como al peso de algún maleficio adormecedor...

« Vamos, hija mía, hay que despedirse » ha dicho la anciana Parca impasible.

Y viendo que Graciosa se limita á estrechar la mano de Arrakoa, añade :

— Pero ¿no abrazas á tu hermano...?

Sin duda, no anhelaba otra cosa la hermana María Angélica : abrazarle con todo su corazón, con toda su alma; oprimir tiernamente á su hermano contra su pecho; estrecharle entre los brazos; y buscar en él protección en esta hora del sacrificio sobrehumano en que es preciso dejar partir al bienamado sin una sola palabra de amor... Y con todo, su beso tuvo no sé qué de indeciso y asustado, de reprimido á pesar de sí misma un instante : beso de religiosa, un tanto semejante al de una muerta...

Ahora, ¿cuándo volverá á verla aquel hermano, aun cuando no va, como el otro, á abandonar el país vasco? ¿Cuándo tendrá, por lo menos, noticias de su madre, de su casa, del pueblo, enviadas con alguno de Etchezar, que al pasar se detenga en el convento...?

Á Ramuncho no se ha atrevido á tenderle ni tan siquiera su pequeña mano helada que vuelve á caer á lo largo del hábito asiéndose á las cuentas del rosario.

— Ya rezaremos, le dice una vez más, para que la Santa Virgen le proteja en su largo viaje...

... Y se han ido las monjas; lentamente, como sombras silenciosas, han vuelto sus pasos hacia el humilde convento protegido por la Cruz. Los dos vencidos, inmóviles en el sitio en que quedaran al despedirse, las miran alejarse por la avenida oscura, con sus flotantes velos, más negros que la noche en la espesura de los árboles.

¡ También va quebrantada y herida la que desaparece allá en lo alto, en las tinieblas de la cuestecilla umbrosa! Pero queda al mismo tiempo como anestesiada por blancas ráfagas sedantes y adormecedoras, y cuanto padezca se atenuará muy pronto en una especie de somnolencia inefable. Mañana reanudará, otra vez, el curso de su existencia con su extraña quietud; perdida su personalidad, entregada á una serie de obligaciones cotidianas que no cambian nunca, absorta entre una reunión de criaturas casi neutras, que han abdicado de todo, andando con los ojos levantados invariablemente hacia la dulce visión celeste.

*O crux, ave, spes unica...*

Vivir sin variación ni obstáculo hasta el fin, entre los blancos muros de una celda siempre igual, en un sitio ó en otro, según el

arbitrio de una voluntad extraña, en cualquiera de esos humildes conventos perdidos en la montaña, en los que no se tiene ni tan siquiera el placer de arraigarse un poco; no poseer nada en la tierra y no desear nada, no alcanzar ni esperar nada, aceptar como vanas y transitorias las horas fugitivas del mundo y sentirse libertado de todo, hasta del amor, como si se estuviese más allá de la muerte... El misterio de tal existencia es de los que quedarán siendo por siempre ininteligibles para jóvenes como aquellos dos que están allí, prontos al diario combate, hermosas criaturas de instinto y de fuerza, enardecidos por todos los deseos, creados para gozar de la vida y para sufrir en ella, para amarla y propagarla...

*O crux, ave, spes unica...* Ya no se las ve, ya han entrado las religiosas en su pequeño convento solitario.

Los dos hombres no han cambiado ni una sola palabra sobre su empresa abandonada, sobre la causa mal definida que, por primera vez, ha burlado su valor y su audacia; y los dos experimentan en aquel instante, cada uno con respecto al otro, una especie de vergüenza por su repentina é insuperable timidez.

Por un momento, sus altivas cabezas habían permanecido vueltas hacia las monjas que marchaban lentamente, viéndolas desaparecer; ahora

se miran el uno al otro en medio de la obscuridad.

Van á separarse y probablemente para siempre; Arrakoa le entrega á su amigo las riendas del cochecillo que según lo prometido ha de prestarle para su partida.

— ¡Vamos, mi pobre Ramuncho...! — le dice con tono de conmiseración apenas afectuosa.

El fin no expresado de su frase significa claramente: «Márchate, puesto que has errado el golpe, y por mi parte, ya lo sabes, es la hora en que me aguardan mis compañeros...»

Ramuncho iba á abrazarle con todo su corazón para el adiós postrero, y en este abrazo con el hermano de la mujer amada hubiera vertido, sin duda, ardientes lágrimas que, por un instante al menos, hubieranle aliviado.

Pero no; Arrakoa ha vuelto á ser el Arrakoa de los malos días, el desalmado á quien sólo interesan y seducen las empresas atrevidas y arriesgadas. Distraídamente tendió la mano á Ramuncho.

— ¡Con que hasta la vuelta...! ¡Buena suerte por allá!...

Y con paso silencioso emprendió su camino, engolfándose en la propicia obscuridad para ir á reunirse con los contrabandistas.

Ramuncho, solo ya en el mundo, dió un lati-

gazo al caballo, que se puso en marcha con ligero ruido de cascabeles... Aquel tren que debe pasar por Aranoz, el paquebote que va á zarpar de Burdeos... un poderoso instinto le impulsa aún á no perderlos. Maquinalmente se apresura, sin saber por qué, como cuerpo sin alma que continuase obedeciendo al impulso adquirido, y precipitadamente, aunque ya sin objeto alguno y sin esperanza en el mundo, se pierde en la campiña salvaje, en la espesura de los bosques, en la intensa negrura de la noche de Mayo que las monjas, desde su alta ventana, ven alrededor suyo.

Para él ha concluído, y para siempre, el país querido; se han disipado los sueños deliciosos y dulces de sus primeros años. Es una planta desarraigada del suelo amado, del rincón euskaro y que un soplo de aventura lleva sin saber á dónde.

En el silencio de los bosques dormidos resuenan alegremente los cascabeles del cuello del caballo; el resplandor del farol que corre precipitado, ilumina para el triste fugitivo las ramas de los árboles, el verde naciente de las encinas, y en la orilla del camino, las flores de Francia; á trechos apartados, distínguese aún la agrupación de casas de algún pueblo conocido, la torre de una antigua iglesia... todas aquellas cosas que no volverá á mirar, como no sea

tal vez en una dudosa y muy lejana vejez...

Por delante, al extremo del camino, está América, la emigración sin regreso probable, la inmensidad imprevista y la nueva existencia cuajada de sorpresas hacia la cual se encamina sin valor y sin fe; toda una existencia muy larga, indudablemente, durante la cual su alma, arrancada del terruño nativo, tendrá que sufrir y endurecerse en regiones remotas, gastando su vigor y agotándolo ¡quién sabe dónde! en trabajos y en luchas desconocidas...

Allá en lo alto, en el humilde convento, en su pequeño sepulcro de paredes tan blancas, las monjas impasibles elevan al cielo sus oraciones nocturnas...

*O crux, ave, spes unica...*

FIN

S  
E  
I  
I  
C  
e  
s  
C  
r  
a  
e  
E  
M  
v  
g  
d  
d  
k  
a  
n  
c  
p  
d  
y  
a  
p  
t  
c







